

*Escritor ensimismado*

**Conversación con Jarnés**

Por EDUARDO DE ONTAÑÓN

(En el Rep. Amer. Del libro *Viajes y aventuras de los escritores de España*, de próxima aparición).

Jarnés vive en México desde junio del año 1939. Viviría lo mismo en la Argentina o en El Ecuador; es un caso notable de escritor metafísico. Y posiblemente escribiría igual. Ese jovial lirismo que lo hizo maestro de la juventud, no necesita demasiado del ambiente. Yo le he visto en plena guerra de España, bajo las inquietudes y los bombardeos, escribiendo imperturbable su buena prosa, que a él mismo hace sonreír de satisfacción. Lo mismo en el barco que nos trajo, el *Sinaia*, siempre de curioso recuerdo. Cada mañana, entre el bracear y el suponer y el proyectar de nuestros compatriotas, subía al comedor de oficiales con sus cuadernos y su sonrisa bajo el brazo, y allí—línea tras línea—se estaba jugando con sus amables meditaciones hasta mediodía. ¿Se trata entonces de lo que llamaría la gente un escritor frío? No; sencillamente al revés: de un escritor apasionado, enamorado de su literatura, y por lo tanto, ensimismado como todo amante.

Alguna vez, en estos ratos de charla amistosa, que es cuando se suele ser más sincero, me ha dicho:

—No siento esa nostalgia sentimental de España. Claro, puede ser porque nunca me ha tratado bien, y yo al fin no la debo nada. Desde niño, no he hecho allí más que sufrir.

Pero eso mismo ya es una nostalgia sentimental. Aunque—la verdad—rara en él, que no suele usarla en su vida ni—menos—en su obra.

*¿Abstracción o timidez?*

Vivía en Madrid una vida alejada y particular. Como única expresión de solidaridad intelectual—llamémoslo de manera tan rara—iba al viejo Ateneo, del que le hicieron presidente de la sección de literatura. Al Ateneo de Azaña, que también era tímido, también ensimismado, también tenía un amor de abstraído por la prosa.

Cuando se le encontraba casualmente, había que saludarle con mucho manoteo, como al amigo llegado de la provincia:

—¿Qué tal, hombre? ¿Qué hizo usted en todo este tiempo?

Jarnés contestaba siempre con igual campechannería aragonesa.

—Pues ahí he estado, trabajando. ¡A ver cuando nos bebemos un vaso de vino!

Y no es beber; ni a lo Baudelaire ni a lo Wilde siquiera. Ni con pasión, ni con exquisitez. Más bien a lo Erasmo, con erudito placer casero.

En todos los detalles de su vida está siempre rondándole la timidez; hasta en esto. Pero con frecuencia se confunde con el ensimismamiento. Dos buenos elementos, al fin, para un escritor. La vida interior es la del pensamiento. Y en cuanto a los tímidos, sabido es que de ellos es el reino del espíritu.

*Llegada de la guerra*

Por la Sierra, que es por donde le venían a Madrid las calamidades atmosféricas, le vino una más catastrófica en el verano del año 36: la guerra. Después se dirá lo que se quiera, pero la verdad es que en aquel momento, todo el que no tenía el alma enconada se dispuso simplemente a ser útil.

A Jarnés, que era ya oficial de oficinas militares, se le intensificó el trabajo. Al pie de la mesa—su cañón—se dispuso a la firme tarea. Un día, en el "metro", me dijo:

—¡Allí estoy haciendo estadísticas de todas las gallinas de España!



Benjamín Jarnés

Otro, en un bar:

—Escribo mis artículos para *La Vanguardia* de Barcelona, pero nada más por ahora. ¡No me queda tiempo!

Con su oficina militar siguió la ruta de todas las dependencias oficiales de la República: una provincia tranquila para que el trabajo cundiera; creo que fué Ciudad Real; luego Valencia, después Barcelona. En este tiempo, el trabajo—y el espíritu, a lo que se ve siempre dispuesto—le permitieron volver a su literatura.

*Viviendo*

Ahora, pasada ya la tremenda pesadilla, he querido dialogar con él sobre esta aventura suya y de todos los escritores de España, sedentarios de suyo y, sin embargo, danzando actualmente por los países más insospechados.

Jarnés vino a México en ese juego del destino. Vive, desde que llegó, de sus colaboraciones. En una fonda instalada en un viejo palacio porfiriano, como un hotel de provincia. El balcón de su cuarto da a una calle central, estrecha, todo el día llena de claxones y sirenas de tranvía. Por el balcón se cuelan los letreros de enfrente, un poco simbólicos. La muestra gigantesca de un dentista le enseña los dientes. Un comercio de "artículos para damas y caballeros" le clava un poético letrero: "Angelus". Una zapatería trata de recordarle miserias pecuniarias con un letrero *El Crédito*. Aunque él que es—¡todavía no lo dije?—hombre esencialmente enjolgorizado, cambia una letra y lo llama *El Cerdito*, mostrándoselo a todos los visitantes.

Aunque yo bien lo sé, le pregunto de buenas a primeras para hacerle hablar:

—¿Y que hace usted usted aquí?

Contesta sin titubeo, con una franqueza de aragonés rotundo:

—Todo lo que es preciso para seguir viviendo, desde el cuento policiaco hasta la crónica de un concierto. No puedo escoger.

Fijémonos en que "viviendo" es, justamente, el tiempo de verbo más empleado por el español clásico.

*Los escritores en México*

(Pero no nos alarmemos porque un escritor—que debe estar sobre las cosas, y lo está—lo emplee, siquiera sea circunstancialmente. Ojo al diálogo, que está empezando).

—¿Y por qué para seguir viviendo? ¿Es que se preocupa usted demasiado por la vida?

—Es que no tengo otro remedio. La primera temporada, mientras me ofrecían trabajo Regino Hernández Llergo en su revista *Hoy* y algunos periódicos, subsistí gracias a que acudió a la estación un buen amigo para ofrecerme su casa. Después, la entonces "Casa de España" me pidió un libro; Xavier Villaurrutia, otro para "Nueva Cultura"; la "Editorial Séneca" otro que se perdió en la imprenta...

—¿No ha tenido otros medios?

—Ninguno. La estación estaba tan vacía de amigos como lo estuvo el puerto, al que sólo dos mexicanos—Héctor Pérez Martínez y Fernando Benítez—salieron. Entonces me dí cuenta de lo frágiles que son ciertos lazos fraternales entre escritores.

—Después de una hecatombe, las gentes suelen agudizar su egoísmo. Siempre fué así.

—No, pero es que éstos se habían adelantado a prepararme—igual que a los demás—una entrada menos penosa en México. Formaron su "junta" y, dejándonos en Francia suavemente depositados en un campo de concentración, se trasladaron a América con el denodado propósito de organizar nuestra recepción. Por ellos, hubiéramos quedado entregados a la caridad pública.

*El hombre mecánico*

—Bueno. Pasemos hoja y hablemos de cosas más gratas... Vamos a ver: ¿qué hizo usted durante la guerra de España?

—Léase este primer párrafo de mi novela inacabada *La casa de los pájaros*, y ahí tiene relatada mi impresión.

(Que viene a ser la que anticipamos por nuestra cuenta. Hela aquí, a la letra:)

"Desde el comienzo de la guerra, todos mis movimientos exteriores eran de tal modo mecánicos, indiferentes, que salir o entrar, ir y venir, comer y ayunar, saludar o no de esta o de aquella manera, todo, en fin, se producía en mí sin pasar por dentro de mí. Los brazos, las piernas, los labios, los ojos, los oídos, aún el mismo estómago, seguían ritmos completamos ajenos a mi propio ritmo. De tal modo que me sorprendía a mí mismo verme sonreír a rostros desconocidos, saludar, beber estrepitosamente en los bares, pronunciar, repetir frases consabidas, hacer inesperados gestos al compás de los otros... ¿Qué quedaba de mí mismo? Entonces, ni siquiera me lo preguntaba. Algunas semanas transcurrieron sin que pudiera salir de mi doloroso estupor. ¡Era la guerra!"

*Otra vez el ensimismamiento*

—¿Y su labor? Recuerdo que, entonces, me hablaba usted de raras estadísticas.

—Fui ese ente anónimo y puntual de que la guerra necesita para ejecutar esto o aquello. Hice cuanto debía hacer, en mi puesto burocrático de